

Historia Insólita
Increíble pero cierto

Fraudes, **engaños** *y timos* de la historia



Los mayores timos, fraudes, estafas y grandes engaños intencionados
y documentados de la historia

Gregorio Doral

Sorpréndase con muchos de los engaños y timos de los que está llena la historia. Centenares de tretas y artimañas utilizadas en las circunstancias más diversas, para hacerse rico, cubrirse de gloria, salvar un apuro o sobrevivir ante un riesgo mortal.

Conozca los timos propios de la mejor picaresca. Engaños intencionados basados en la charlatanería y en la inocencia de los timados. Grandes descubrimientos que resultaron ser una manipulación. Obras cumbre de la literatura que no son sino plagios.

El autor nos adentra en los timos, estafas y engaños protagonizados por personajes de todos los ámbitos y de todos los tiempos.

A Máximo, del que no espero engaño alguno porque nació de la verdad. Gracias.

Prólogo

La colección HISTORIA INSÓLITA presenta una multitud de sucesos increíbles, pero ciertos; o creídos, pero falsos; incluso, legendarios, pero curiosos... Una multitud de acontecimientos gratamente curiosos, sorprendentes y ejemplares que la historia oficial y ortodoxa generalmente suele dejar de lado y que ponen en cuarentena lo que creíamos saber, pero lo hace de una forma divertida, por cuanto insólita; amena, por cuanto informativa, e instructiva, por cuanto rigurosa.

Según se vayan desgranando los distintos volúmenes, la colección se irá poblando de todo tipo de seres excéntricos y extravagantes, simpáticos u odiosos, perversos o lascivos, despistados o meticulosos..., de los que conoceremos su vida y, en muchos casos, su extraña o chocante muerte. En HISTORIA INSÓLITA se irán dando a conocer casos y cosas fuera de lo común, en forma de casualidades y coincidencias, errores y gazapos, timos y fraudes, enigmas y quimeras, locuras y extravagancias, falsedades y mentiras, depravaciones y lujurias... Podrá decirse, tal vez con razón, que en este poliédrico y multifacético rosario de hechos se ensartan pocas perlas y mucha bisutería. Es cierto. Es conscientemente bisutería histórica porque sólo pretende adornar la riqueza cultural de sus posibles lectores; no, desde luego, amueblarla ni ennoblecerla. Pero no por ello se ha de entender como un mero museo de monstruos ni como un muestrario de excepciones. En realidad, sólo presenta ejemplos históricos extremos de comportamientos y sucesos muy comunes y habituales.

Se narrarán sucintamente las increíbles biografías de personajes tan extraordinarios como Lady Godiva, la Monja Alférez, Sissí, Lawrence de Arabia, Billy El Niño, Iván El Terrible, los Borgia o el marqués de Sade; se detallarán inusi-

tadas historias como la conquista del imperio de los incas, la infame subasta del trono imperial de Roma, las supuestas excentricidades de Nerón y las singulares peripecias eróticas de Cleopatra, Mesalina, Mata-Hari, Eloísa y Abelardo y otros muchos. En sus páginas también se detallarán cuestiones tan dispares como el casual descubrimiento de la cueva de Altamira, el imperecedero mito de El Dorado, las estrambóticas profecías sobre el fin del mundo, la hipotética fecha y hora de la Creación o la repetida venta de la Estatua de la Libertad. Se contará cómo perdió los brazos la Venus de Milo y cómo nacieron los premios Oscar. Se hablará del acorazado que se hundió alcanzado por uno de sus propios torpedos o el caza que se autoderribó. Se esclarecerán las indescifrables predicciones del Oráculo de Delfos, los misterios de la Isla de Pascua, la Maldición de los Faraones, por qué se inclinó la Torre de Pisa, quién dio el erróneo nombre de América al Nuevo Mundo, cuándo comenzó la plaga de conejos en Australia o cómo fue posible que un guardabosques sobreviviera a siete rayos. Asimismo, sabremos cómo se inventaron la guillotina, las patatas chips, el perrito caliente, el WC y el papel higiénico, el crucigrama, el sello de correos, el biquini o el condón; o qué origen tienen palabras como «boicot», «silueta», «sándwich», «linchamiento» o «restaurante»; o bien quiénes fueron los primeros siameses, el primer fumador europeo y la primera vampiresa del cine; o en qué personas reales se basan los personajes ficticios de Tarzán, Robinson Crusoe, Drácula, el Tío Sam, la Dama de las Camelias, Sherlock Holmes o Santa Claus; o cuál fue la primera huelga de la historia, si Shakespeare escribió realmente sus obras o cuándo se utilizó por primera vez la clave SOS. Se podrá saber que más de una vez ha llovido ranas o sangre; que el zar Pedro I gravó con un impuesto a los barbudos, o que alguien cree que en la Biblia se habla del SIDA. Se podrán conocer las extraordinarias historias del bailarín sin piernas, los ansiosos comedores de caucho o de bicicletas, las mujeres barbu-

das, el jugador de béisbol manco o aquellos mellizos que nacieron con cuarenta días de diferencia. Incluso será posible enterarse de que Cervantes y Shakespeare murieron en la misma fecha, aunque no en el mismo día; que no son pocos los personajes de quienes se cree que han muerto literalmente de risa; que Isaac Newton era tremendamente despistado; que Aristóteles mantuvo teorías absurdas, o que, por ejemplo, se conservan numerosas reliquias de Napoleón (incluido su pene que, por cierto, es una birria al lado del de Rasputín).

En esta colección de obras desinhibidas y amenas, pero rigurosas y didácticas, sí importarán las nimiedades, entendidas como argumentos con que demostrar que el ser humano, cuanto más solemne es, más ridículo resulta; cuanto más angustiado está, tanta más astucia desarrolla, y cuanto más relajado e íntimo, más grotesco. Se demostrará que no es raro encontrar, tras cada hecho histórico, una verdad que sonrío y, tras cada gran personaje, una sombra bufa o un demonio doméstico. Y se llegará a la conclusión de que nada parece lo que es ni nada es lo que parece, y de que nada resulta más común que lo sorprendente.

En definitiva, la colección HISTORIA INSÓLITA reflejará la pequeña historia vista desde las bambalinas, mostrando a las claras todas sus miserias, falsedades, misterios, bajezas, extravagancias, casualidades y sorpresas.

En este nuevo volumen dedicado a desvelar los entresijos generalmente ocultos de la historia oficial y, en este caso, en exclusiva a los fraudes, estafas, timos y demás engaños históricos, se ofrece un amplio, variado y sorprendente catálogo de trampas, trucos y triquiñuelas; fraudes científicos, médicos y artísticos; falsificaciones, plagios y pastiches; estafas, fraudes y timos, aunque también hay bromas, inocentadas y engaños benignos.

En sus páginas se agolpan las referencias a los más despreciosos y falsarios adivinos, curanderos, charlatanes y demás vendedores de humo; a los más desalmados, pero

también más inventivos, audaces y geniales impostores, far-santes y tipos con dobles vidas, y, en general, a todos los que han tratado y en muchos casos durante un tiempo han vivido de los demás.

Es, pues, un divertido muestrario de los mayores engaños intencionados y documentados de la historia, de docenas y docenas de tretas y artimañas utilizadas, en las circunstancias más diversas, para hacerse rico, cubrirse de gloria, salir de un apuro o sobrevivir a un riesgo mortal.

Se habla, por ejemplo, del médico holandés Boerhaave que legó al morir el libro sellado *Los secretos más exclusivos y más profundos del arte médico*, luego subastado a muy buen precio, pero que, al abrirlo, sólo contenía, junto a sus páginas en blanco, un único y escuálido consejo: «Conserve la cabeza fresca, los pies calientes y hará empobrecer al mejor médico del mundo».

También se cuenta el caso de Nostradamus «el Joven», hijo aprovechado pero poco dotado del otro Nostradamus, «el de siempre», que pronosticó en 1568 el sitio y la destrucción por incendio de una villa parisiense y, al ver que su predicción estaba lejos de cumplirse, intentó provocar el incendio él mismo, hecho que descubrió el dueño de la villa, el cual allí mismo le mató, pisoteándolo con su caballo.

Se cuenta, entre otras muchas anécdotas sorprendentes, que hace poco menos de un siglo se comercializó en Estados Unidos un aparato revitalizador consistente en una linterna eléctrica unida a una varilla también eléctrica que se introducía por el ano del usuario, provocándole unas descargas y, según el vendedor, que recuperase las fuerzas.

Y también se narra con detalle la extraordinaria peripe-cia de timadores tan sobresalientes como el checo Victor Lustig, quizás el más audaz y mejor embaucador de todos los tiempos, que fue capaz de llevar a cabo hazañas tan significativas como estafar al capo mafioso Al Capone y salir no sólo indemne, sino con un nuevo amigo fiel y protector

para toda la vida, o la de vender varias veces seguidas la Torre Eiffel de París como chatarra.

Desfilan por sus páginas, en fin, una larga y diversa parada de científicos y artistas que, más que perseguir la verdad, hacen que esta los persiga a ellos; de desaprensivos de los que, como el célebre empresario circense Phineas T. Barnum (un convencido de que hacer negocios consiste sólo en quitarle el dinero a los demás), opinan que «cada minuto nace un primo» o que «a la gente le gusta que la engañen». Timadores para quienes, como para el trilero del Salvaje Oeste norteamericano Canada Bill, «es inmoral dejar que un imbécil se quede con su dinero».

Gregorio Doval

Historia Insólita

increible pero cierto

Algunos de los mensajes secretos de Felipe II (1527-1598) se escondieron utilizando tinta invisible. La técnica usaba vitriolo romano (sulfato) pulverizado y mezclado con agua. Con este líquido se ponía sobre el papel el mensaje a enviar y, una vez hecho, se escribía encima el texto visible usando una solución de carbón de sauce con agua. Es obvio que capturar a un correo o a un espía con un papel en blanco despertaría ciertas sospechas. En cambio, capturarlo con un papel con un escrito sin importancia no hacía recelar. Así, el texto de carbón actuaba de despiste en caso de ser capturado el mensaje y el verdadero contenido, el importante, permanecía oculto. Cuando el mensaje llegaba a su destino y se quería leer el texto secreto escrito con la solución de sulfato, se frotaba el papel con una sustancia llamada galla de Istria y así el texto oculto se hacía visible, mientras que lo escrito con la solución de carbón de sauce se oscurecía.

Campesinas de una localidad de la sureña provincia turca de Antalya encontraron en el boicot sexual la mejor manera de lograr que finalmente el agua llegase hasta sus hogares. Hartas de cargar durante años con baldes de agua, las mujeres de la localidad de Sirktoy decidieron no tener relaciones sexuales con sus maridos hasta que construyeran un sistema de tuberías desde el río a sus hogares que les evitase sudor y caminatas. Tan peculiar «huelga de sexo» llamó la atención de las autoridades, que se comprometieron oficialmente a resolver el problema mediante la orden de construcción de ocho kilómetros de tuberías para traer hasta Sirktoy el vital líquido desde un cercano río.

Cuando despertaron los soldados ingleses que luchaban en los territorios coloniales norteamericanos durante la guerra de Independencia, se sorprendieron de ver cañones apuntando a Boston. El general George Washington estaba dispuesto a presentar una dura batalla. Pero los británicos, no.

Así que decidieron no luchar y diez mil hombres y doscientos barcos de guerra abandonaron Boston sin disparar un solo tiro. Pero lo que los británicos no sabían es que el general Washington se estaba «tirando un farol». Aunque pareciera lo contrario, la potencia del Ejército americano no era tal pues carecía de un elemento clave para la batalla: pólvora. Los americanos tenían muy poca pólvora y, en caso de batalla, no hubieran podido disparar más que unos pocos cañonazos. Los británicos no lo sabían y en menos de dos semanas abandonaron Boston por mar.

Cuenta Juan Eslava Galán en su libro *Los años del miedo* que Franco se las apañó una mañana lluviosa para quedar por encima de sus generales. El 1 de abril era en la España franquista festivo ya que era el Día de la Victoria, es decir el aniversario del fin victorioso para Franco de la Guerra Civil. Todos los años, en esta fecha, se organizaba un enorme desfile militar. En 1944, Franco decidió dejar su sitio habitual y participar de forma activa en el desfile, a caballo, por supuesto, ya que su altura no le permitiría hacerlo gallardamente a pie. Al lado de él cabalgarían otros generales y militares. Pero el destino quiso jugarle una mala pasada al caudillo y amaneció lluvioso. Viendo el panorama e intuyendo los problemas de su caballo sobre el suelo mojado de las calles madrileñas, el generalísimo ordenó colocar herraduras de goma a su montura. Hombre precavido vale por dos. Durante el desfile, Franco permaneció sobre su caballo sin problemas, gallardo, señorial, dominante..., mientras sus generales y compañeros tenían problemas con los resbalones y pasos en falso de sus animales.



A la edad de cuatro años, en febrero de 1914, May Pierstorff, una niña de Grangeville (Idaho) pidió a sus padres visitar a su abuela en Lewiston, a más de ciento veinte kilómetros de distancia. Pero como el billete de tren era muy caro, optaron por buscar una alternativa. Enterados de que no había ninguna regla específica que prohibiera enviar a personas como paquetes postales, eligieron ese sistema. Así, pocos días después, el 19 de febrero de 1914, los padres de May presentaron un paquete en la oficina de correos de Grangeville que pesaba veintidós kilos exactos, algo menor al límite permitido de 22,68 kilos (cincuenta libras). El franqueo, de cincuenta y tres céntimos en sellos, iba adherido al abrigo de May. La niña viajó en el compartimiento de correo del tren y, una vez que llegó a su destino en Lewiston, fue entregada sana y salva en casa de su abuela por el cartero de turno, Leonard Mochel.

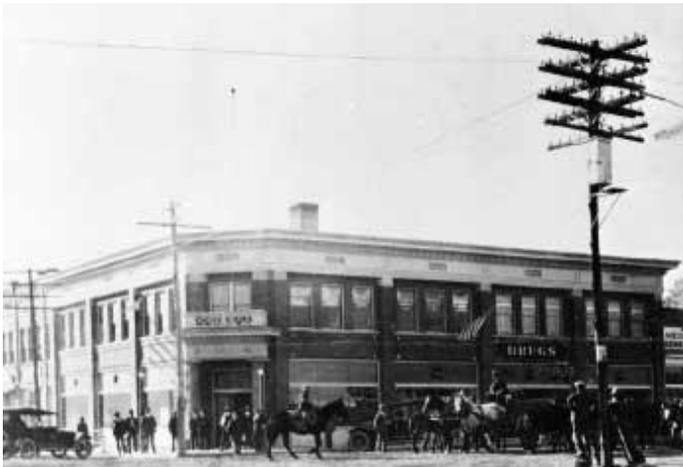
Un suceso parecido ocurrió en 1849, cuando el esclavo Henry «Box» Brown, ayudado por las redes abolicionistas, se envió a sí mismo por correo a Filadelfia, en un viaje de unos cuatrocientos cuarenta y dos kilómetros que tardó unas veintiséis horas. Brown viajó todo ese tiempo en una caja, para colmo, bocabajo.

Un caso más reciente ocurrió en 2003, cuando Charles McKinley quería visitar a su familia en la localidad tejana de Desoto durante sus vacaciones y, para ahorrarse los billetes de avión, se envió a sí mismo en una caja, el 5 de septiembre, a bordo del avión de Nueva York con destino a Dallas. No fue capturado por las autoridades hasta que, cerca de su destino, el repartidor llamó a la policía porque «había visto un par de ojos mirando desde el interior de la caja».

Según los que trabajaron con él, el cineasta aragonés Luis Buñuel (1900-1983) tenía por costumbre comprar

relojes de cadena baratos en los mercadillos. Luego, en los rodajes, cuando las cosas iban mal, cogía una de esas baratijas y la estrellaba contra el decorado. Calmado, decía lo siguiente sobre la procedencia del reloj: «Ha pasado por todos mis antepasados y me lo regaló mi abuelo antes de morir. ¿Os dais cuenta de lo que me habéis hecho hacer?». Al parecer, tras esta escena, todo iba como la seda.

Cuentan Plinio y Petronio que en la época del emperador romano Tiberio (42 a. C.-37) un hombre logró hacer maleable el vidrio. Un día, el emperador lo visitó en su taller. En su presencia, el sabio procedió primero a abollar un recipiente de vidrio y luego, sorprendentemente, logró repararlo con algunos golpes de martillo. El soberano se quedó perplejo ante aquella maravilla. Pero pronto reaccionó y le dijo: «¿Quién otro conoce el secreto de esta composición?». Y agregó, tras una pausa: «Piensa bien tu respuesta». «Nadie más que yo», respondió el artesano. Satisfecho por la respuesta, Tiberio lo mandó decapitar.



El Banco de Vernal en Utah pasa por ser el mayor objeto enviado por correo postal ordinario en la historia. El 1 de enero de 1913, el Servicio Postal fue inaugurado en los Estados

Unidos. Los habitantes de las zonas rurales y de las nuevas ciudades del territorio colonizado aprovecharon especialmente la comodidad que ofrecía este nuevo servicio postal para obtener sus productos al precio de mercado. Así que pronto se convirtió en uno de los motores de la microeconomía estadounidense del momento. W. H. Coltharp, un joven hombre de negocios de la ciudad de Vernal, Utah, quiso construir un edificio y dedicárselo a la memoria de su padre. Consultando con los bancos locales, Coltharp adquirió un terreno en una de las zonas más comerciales de la localidad y elaboró un proyecto para la remodelación completa del edificio existente. Enseguida consiguió un buen precio en la partida de ladrillos destinada a su construcción gracias a sus contactos en la Salt Lake Pressed Brick Company, firma dedicada a la venta de materiales de construcción con sede en las proximidades de Salt Lake City, a unos ciento noventa y tres kilómetros de Vernal. El problema surgió cuando calculó los costes de transporte de los ladrillos. El precio de fletar un barco multiplicaba por cuatro su coste. Fue entonces cuando se le encendió una bombilla... Como conocía los precios más que populares que el Servicio Postal tenía en la ciudad para implantar su servicio, decidió mandar todos los ladrillos (ochenta mil) por correo, siempre ateniéndose a las estipulaciones normativas del servicio. Para ello tuvo que embalarlos cuidadosamente en cajas de peso inferior a veintidós kilos, y sin enviar más de cuarenta cajas al mismo tiempo, lo que suponía un máximo de novecientos kilos por envío. La ruta que siguieron los ladrillos fue la marcada por las líneas de correo postal, y no el camino más corto. De hecho, los ladrillos fueron enviados a Mack (Colorado) utilizando el ferrocarril de Denver y río Grande; de ahí pasaron a Watson (Colorado) en otro ferrocarril de vía estrecha. Finalmente, las últimas sesenta y cinco millas se recorrieron en vagones de mercancías convencionales. En total, seiscientos cincuenta kilómetros, más del triple que la distancia real. El edificio se completó por debajo del presupuesto previsto y todos los ladrillos fueron enviados con éxito. Después de esto, la compañía postal decidió cambiar la normativa en cuanto a los envíos, para que nunca se volviese a repetir algo así. Los vecinos apodaron el edificio Banco Parcel Post, en referencia a la compañía postal que realizó el traslado. Hoy en día, sigue en pie como sede del Zion's Bank.

Del estadista y general ateniense Alcibíades (h. 450-404 a. C.), sobrino de Pericles (o, según otros, nieto) y

discípulo de Sócrates, cuenta la leyenda que era tan narcisista y coqueto que se negaba a tocar instrumentos de viento porque estos deforman el rostro de los ejecutantes, y especialmente la boca; por eso él prefería tocar la lira. Del mismo Alcibíades se cuenta, para ejemplificar el talante de su gobierno, que en cierta ocasión compró un magnífico perro por siete mil dracmas y después de admirarlo toda la ciudad, ordenó que le cortaran su hermosa cola para que los ciudadanos continuaran hablando de él (y así, de paso, olvidasen la mala gestión de su amo).



Durante la prohibición alcohólica impuesta en los Estados Unidos por la llamada Ley Seca se calcula que hubo en aquel país más de doscientas mil tabernas ilegales. Solamente en la ciudad de Nueva York, unos treinta y dos mil establecimientos clandestinos continuaron con el negocio que antes de la prohibición atendían no más de quince mil tabernas. Por entonces se vendían unos paquetes de zumo de frutas en los que se podía leer el siguiente mensaje: «Atención: el contenido de este paquete no debe ponerse en una vasija de barro, mezclado con levadura y ocho litros de agua, porque entonces se obtendría una bebida alcohólica cuya fabricación está prohibida».